

el hombre consigo y con el mundo, en el lenguaje de ‘las correspondencias’.

OTOÑO

Y de pronto las hojas que templaron el calor todo el verano comienzan a quemarse, de frío, por los bordes.

Y al caer dejando tras de sí los ramajes desnudos, cobrizas y ambarinas, ascuas de una más alta hoguera, ya han escrito en nosotros su leyenda: que nada permanece porque todo es del viento y de la luz primera.

[pág. 65]

El hombre cambia de raíces. Su vocación de escribir para desnudar el tiempo de todo lo que pasa, para encontrar bajo la historia la subconsciencia de la verdad del universo, la fuente de donde brota la revelación, la palabra que conciencia su destino de poeta.



Admirable libro de creación e indagación. Suma de poder lingüístico y poder cognitivo. Palabra poética que busca la raíz, el tiempo, el transcurrir del pensamiento que esconde el corazón del creador. Conocimiento primigenio que troca siempre el misterio y nos pone en contacto con el más allá: la extrañeza. El poeta en su gnosis personal se demora en la contemplación y se deleita en la experiencia, es Lázaro renovado en el ser y en su palabra.

Jorge Cadavid

49 Soledades

49 Habitaciones

DARÍO SÁNCHEZ

Editorial El Zahir, Bogotá, 2009,
69 págs.

HACE UNOS cuantos años, siendo la medianoche llegó el poeta Darío Sánchez a mi apartamento. Estaba congestionado porque había impedido que le atracaran pero le habían herido y estaba sangrando. Se quejaba de haber recibido una tunda por parte de aquellos delincuentes y una cuchillada en el antebrazo derecho. Al entrar se acostó en el piso y yo me dispuse a prestarle los primeros auxilios, que eran también los primeros que yo daba en mi vida. Le lavé la herida del brazo con jabón de olor y le puse por venda una cinta de enmascarar. Me dijo que también le habían pinchado en el hombro izquierdo, y en efecto, allí encontré una pequeña raya hecha con la punta de un cuchillo. Ni él ni yo nos preocupamos por aquella herida diminuta y ahí terminó mi asistencia. Él se quedó dormido, o cerró los ojos para descansar, hasta cuando, ya pasadas tres horas, me despertó angustiada pues no podía respirar bien: se estaba asfixiando. Llamé entonces a una cuñada que vivía cerca para que me acompañara a llevarlo a un hospital y así lo hicimos. Estando allí, nos enteramos con asombro alarmante que la pequeña herida del hombro era apenas la entrada de lo que había sido una profunda herida que le perforó el pulmón. Fue intervenido quirúrgicamente y hospitalizado por más de diez días. De su estancia en aquel modesto hospital, surgió la idea, o mejor la experiencia, que le llevó a escribir *49 Habitaciones*. Son 49 poemas que si bien no explicitan el contexto que he relatado –los poetas no hacen mimesis regaladas– sí describen la aventura sensible de encontrarse de pronto en un espacio ajeno y en un ambiente de ordenada asepsia. La asistencia de las enfermeras, el recuerdo de sus ausentes queridos y la alegoría de semejanzas puntuales con la realidad –ese otro hospicio de moribundos– conforman, en efecto, la arquitectura poética de este libro, que es además, en términos de edición su *ópera prima*. Darío, antes

de esta publicación, no solo era bien conocido en el medio de los poetas capitalinos por su cargo de director del periódico de poesía *El aguijón*, sino lo era también por los poemas que tímidamente le publicaban revistas especializadas. Su libro inédito *Vaticinios de la abuela* obtuvo reconocimientos en algunos concursos literarios, y a la luz del entendimiento de quienes nos movemos en calidad de oficientes en el medio, daba noticias de lo que a nuestro juicio iba a ser la consolidación de un poeta singular, como efectivamente ocurre ahora en el presente.

17

Casi me muero de risa cuando la fisioterapeuta al ver la rapidez con que se recuperaban mis pulmones me preguntó: Si soy atleta nadador si llevo una vida debidamente sana si en vez de cigarrillos uso vegetales. La verdad no sé qué tenga que ver una cosa con la otra en mi modesta existencia he visto más deportistas caer fulminados en campos verdes y entre comedillas que gente realmente explotada por una sobredosis.

Desligado de los atuendos estéticos, comunes a los poetas más leídos de su entorno, Darío Sánchez, se ha forjado un estilo de traza formal afín a sus gustos arquitectónicos –él es arquitecto de profesión– dados al privilegio de los rasgos urbanos tal y como la llamada tendencia posmoderna los entiende, es decir, en contravía de la cultura institucional, de los elevados altares de los salones de arte, de los centros culturales, de las bibliotecas, de los programas de estudios académicos, y de las tendencias que fundan sus propuestas sobre la base de la aceptación y el respeto a una tradición creativa con nombres determinados. Por el contrario, sus textos son el resultado, esta es mi percepción inmediata, de una espontánea atención a los poetas que él, y sus compañeros de oficio, hemos leído en función de armar el periódico *El aguijón*; los poetas Charles Simic,

Ledo Ivo, Leonard Cohen, Badr Shkir al-Sayyab y Jacobo Lucebert, entre otros. Todos ellos, vistos en su caso, desde su conexión con un arreglo estético visual proveniente de novísimas expresiones arquitectónicas donde la extrema flexibilidad de los espacios internos y la modalidad del uso de los ambientes, tanto como su distribución, determinan el alma de la obra:

I
Ella es como una muñeca rusa
siempre tiene una excusa por dentro
a su vez otra
adentro.

Se parece a mi nevera
donde sólo hay instrucciones y por
supuesto
hielo
con más hielo adentro.



En estas 49 habitaciones hay, en consecuencia, la dualidad de un mundo constituido por el dentro y el afuera: lo que vemos tras la ventana, casi siempre configurado por lo imaginado por nuestros deseos y por lo que sabemos es propio de la atroz realidad, y lo que vivimos al interior de las cuatro paredes de una instancia cuyas ventanas dan también hacia nuestra intimidad. El lugar del alma (con sus muertos y fantasmas, con deseos y fantasías, con sueños e intangibles, con parientes ausentes y esperas, con los minutos y las horas del suicidio, [...]) y el lugar del cuerpo (a la intemperie o en asideros tan impalpables como el aire, entre cigarrillos y alcoholes, en gimnasios o en campos de concentración, en el constante ir y venir, entre panaderías y salones de belleza, [...]) cada ámbito determinado por la coyuntura de en-

contrarse una temporada observando la línea que tajante los divide, algo así como la aventura de Henri Michaux y la experiencia de vivir a su manera los modos del despierto y los modos del dormido, pero con la conciencia de que “la luna es la misma aquí o en medio del desierto / que los cadáveres de los mosquitos flotan de la misma manera en cualquier estanque”.

Llama la atención en estos poemas de Darío Sánchez, la inexistencia de un centro moral, político o filosófico, como si su religión o fe estuviera soportada sobre descreimientos. Una deconstrucción de los valores que, sin embargo, no invita a la anarquía ni expone argumentos de proselitismo desvergonzado. Su ética es, al parecer, una suerte de *laissez-faire*, *laissez-passer* (dejar hacer, dejar pasar) una actitud en la que resulta inútil cualquier indagación, cualquier explicación, y en la que vivir es una circunstancia propiciada de manera natural por la respiración del mundo. Su propuesta, si la hubiera, es seguir la corriente, que el movimiento, como el desplazamiento del universo, determine el aquí y el ahora. Este poema, que atestigua su aguda percepción del mundo, es un buen ejemplo:

43
El protector de pantalla de mi
computadora
es una esfera que gira y explota en
miles de cuadrados
que inevitablemente regresan a la
circunferencia.

Ese pequeño globo
insiste
agitándose en sí mismo
apenas logra explicarse cuando se
disuelve
convirtiéndose en algo parecido al
cuadrado que habita.

Pero regresa a las formas del
mundo.

Ni balón
ni esfera.

Es un glóbulo
tiene la dimensión del poeta.

Para terminar vale citar al poeta Luis Miguel Madrid, quien en su

presentación del libro afirma que “los poemas de *49 Habitaciones* tienen un carácter descriptivo, tanto en situaciones como en sensaciones, con una retórica lo suficientemente sencilla como para no entorpecer el discurso ni matar vida poética alguna. El artificio formal más llamativo es la ironía, unas veces coloquial y humorística, y otras de entramado más amargo. La soledad y las referencias al vacío –aire, hueco, viento– nos proponen estados de tristeza, identificados con sustantivos tiesos y húmedos –llanto, frío, lágrima–, pero sumamente aliviados por la sorpresa y un frecuente final con redoble de humor”:

Ella sabía dónde se encontraba mi
amor
Lo sabía
No era en el centro de mi pecho.

Guillermo Linero Montes

Tratado de cielo para jóvenes poetas o de la naturaleza como escritura

Tratado de cielo para jóvenes poetas

JORGE CADAVID
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2008, 106 págs.

JORGE CADAVID propone una poética en la que un texto se transmuta en un paisaje natural. Se podría pensar que la fórmula funciona al revés. Es decir, que la naturaleza sea capaz de metamorfosearse en un poema. Lo uno o lo otro, dos caras de la misma moneda, el poeta que se sabe naturalista y viceversa, delimitan uno de los asuntos primordiales de este autor.

En “Texto”, uno de sus poemas, la noche surcada de luciérnagas se transforma en escritura. Las luces del insecto son signos que “parpadean silábicamente”. En “Fábula” una hormiga se separa de las otras, así sucede con la soledad del poeta, llevando sobre sus espaldas el peso de una palabra que es diez veces mayor que el peso del animal. En “El discurso del pescador”